



LA LOCURA

DE

Alvarez de Castro

Ensayo sobre la psicología
patológica de un episodio heroico

por

P. Bertrana y Diego Ruiz



1910

Imp. Dalmáu Carles & Comp.

GERONA



1071954
EG 159.92 BER
La Locura de Alvar

9.92
R

2008 Ministerio de Cultura

107/1954

EG

159.92

BER



LA LOCURA

DE

Alvarez de Castro

Ensayo sobre la psicología patológica
de un episodio heroico

por

P. Bertrana y Diego Ruiz



EX-LIBRIS
NARCISO ROURE
AYUNTAMIENTO
GERONA

1910

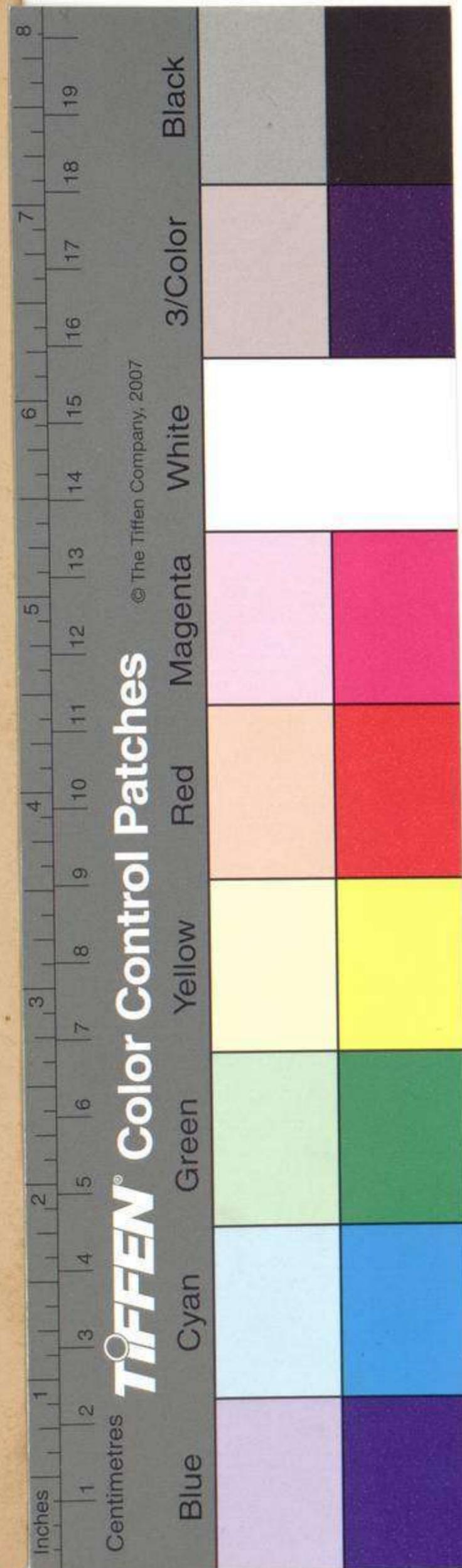
Imp. Dalmáu Carles & Comp.

GERONA

A nuestro ilustre amigo
el Sr. D. Francisco Monsalvatje
y Fossas,

reivindicador de la gran figura de Verntallat,
el caudillo del pueblo.

Humiide tributo de admiración y simpatía.



“Alvarez de Castro, el defensor de
“Gerona, sutil como un espectro, en-
„grandecido por la imaginación de cro-
„nistas y oradores sagrados, pertenece
“entero, en carne y alma, con sus mi-
„serias, sus debilidades y sus defectos
„á la Ciencia.“

(Carlos Rahola. 1808-1809 á
una nueva luz.)

Notas previas

Mediante estos apuntes, quisiéramos allanar la vía á algún explorador de la demopsicología española en los tiempos de la invasión napoleónica; por lo que se refiere en concreto á Alvarez de Castro, desearíamos facilitar la obra de alguno de nuestros psiquiatras, que, respecto á aquel *tabú* de nuestros mayores, emprendiese un estudio parecido al que en Alemania ha realizado el Dr. Lomer sobre Bismarck. (1)

Nuestro objetivo primordial, pues, aquí, sólo es la indagación científica. No nos proponemos directamente alarmar á los corazones sensibles, ya predispuestos á las ternuras de la idolatría. Nuestro trabajo ha sido hecho en esa zona limitrofe entre la Historia y la Medicina, cultivada con tanto ingenio en Alemania por Frese, Klinke, Kornfeld, en Francia recientemente por Galippe, Cabanés, Binet-Sangle, etc., y en otros países por los discípulos y continuadores de la obra de Galton, de Moreau (de Tours) y de Lombroso. En España, el Dr. Luís Comen-

(1) Dr. Gg. Lomer. *Bismarck im Lichte der Naturwissenschaft* (Halle a. S., Marhold, 1908.)

ge ha contribuido á estos estudios con su *Clinica egregia*. Particularmente hemos sido emulados por el libro ya citado de Lomer sobre Bismarck y por las bellísimas indagaciones de Galippe sobre los estigmas de degeneración en los Hapsburgos (1). A los golpes demoledores de la piqueta psiquiática muchos ídolos van ya cayendo: por nuestra parte, quisiéramos reunirnos á la falange de los modernos iconoclastas, pues nuestra convicción más firme es que, aún en la obra demoledora de la Ciencia, vive siempre un gérmen de fecundidad.

Hemos dedicado estas páginas al breve desarrollo de una tesis, que, con motivo de las fiestas del Centenario del más largo sitio que á Gerona pusieron los franceses, uno de nosotros lanzó en medio del regocijo oficial de la ciudad,—declarada, en la interpretación corriente de la historia, inmortal por tres veces, como se sabe. Nuestra actitud de no-conformistas (actitud mantenida, por lo demás, dentro de los límites de la curiosidad médico-psicológica) fué á dar lugar á un intento de discusión—pues ello hay que denominarlo de algún modo—cuyo peso se proponía llevar uno de los más castos presbiteros de la Ciudad invicta. Al terreno feraz de gárrula retórica sagrada, no quisimos descender por entonces: dejamos de propósito que el sofisma se abrazara á la rutina para producir un solo prejuicio patrióti-

(1) Dr. V. Galippe. *L' Hérédité des Stigmates de dégénérescence et les Familles souveraines* (París, Masson 1905).

co. Como nuestro objeto no fué, ni es, alarmar á nadie ni producir escándalo, pudimos esperar; pero, como tampoco nos sentimos impulsados á respetar todos los *tabús* por siempre, nos decidimos á presentar aquí nuestra nueva concepción del famoso sitio de Gerona por las tropas francesas, en 1809, con la imparcialidad que dá el tratar de sucesos lejanos,—que, por otra parte, y desde un punto de vista personal, nos interesan muy secundariamente. No nos reconocemos ninguna disposición para los vuelos líricos á que tan facilmente tiende á abandonarse, con suicida desprecio á las mortales caídas que pueden aguardarle, el casto tomista que soñó en levantar á la población en masa contra nosotros (1).

Contra el Alvarez de poesía lírica, de respeto sagrado, que se nos querría imponer, nosotros intentamos aproximarnos á un Alvarez más real, aun cuando acabe por vérsele como un ídolo en el crepúsculo.

Es muy explicable que nuestra opinión sobre Alvarez, al ser enunciada, solamente enunciada, despertara las iras de los que en España se llaman generalmente *tradicionalistas*. Hasta se propasaron á esgrimir contra uno de nosotros, y conociéndola en verdad muy poco,

(1) *¡Noble Gerona, protesta!* («La Regeneración», revista de acción católica, Gerona 11 junio 1910), donde un G., muy alarmado, protesta contra el artículo de Diego Ruiz, publicado en *Vida Socialista*, de Madrid: «La Internacional en Gerona»

la teoría á la moda de René Quintón sobre la «constancia marina» (1). Según ellos, del hecho de que la evolución no debe ser considerada como un cambio continuo, sino como una «resistencia de la vida en conservar, á través de las mil vicisitudes del tiempo, las condiciones primitivas en que se produjera», se deduciría... el carlismo. Así. Que es la misma consecuencia que de la obra de René Quintón (para comprender la cual le falta á nuestro contradictor anónimo tres cuartas partes de cerebro podría sacar el antropófago en defensa de sus suaves prácticas de antiguo y convencido tradicionalista. Bienaventurados los bobos de corazón porque de ellos son los grandes tropezones; y bienaventurados los que no ven cerca... porque no ven lejos tampoco.

Estas y otras iras tan difíciles, como se ve, quedan afrontadas por el hecho de dar á luz este Ensayo. Júzguese, pues, en definitiva, ahora, del grado que en pocos días ha alcanzado nuestra temeridad frente á los filisteos. A éstos, con la pérdida del «Alvarez razonable», parece que se les arrancan las más caras ilusiones del alma; particularmente si ejercen de oradores sagrados, estos filisteos, en viéndose sin «héroe cuerdo», se ponen intratables, y hasta insultan sin razonar: aunque vocalizan con desparpajo, ignoran que toda la algarabía del sofista se es-

(1) *El tradicionalismo de Azorín y los desplantes del Dr. Diego Ruiz* (artículo anónimo de «El Norte», diario tradicionalista, Gerona 18 junio 1910).

trella contra un solo hecho bien comprobado, y que cada grande hombre no se ha librado de encontrar en nuestros días un biólogo: para Leopardi ha habido un Patrizzi, para Bismarck un Lomer, para Goethe un Möbius, para Hoffmann un Klinke, para Zola un Toulouse, etc., etc.; ignoran, en fin, que, aun en el caso, muy discutible, de haber sido Alvarez un hombre genial, lo que la Medicina encuentra en él no invalida sus posibles méritos: como la corea que padecía Chateaubriand no le impidió ser un escritor, ni la mielitis de Heine un poeta, ni el impulso suicida de Cavour un estadista, ni la hipocondría de Beethoven un músico ni la anestesia moral de Bacon un filósofo, ni la epilepsia de Napoleón un militar. Colocad en la gloria, si os place, á vuestro Alvarez: allí le encontrará, de todos modos, nuestro escalpelo.

El germen

(Perfil clínico de Alvarez de Castro).

§ 1.

Ya, aún para los profanos, Alvarez, desde mediados de septiembre de 1809, mostraba signos ciertos de enfermedad: eran unas calenturas, con caracter de intermitencia, rebeldes á ser yuguladas por los medios puestos en juego en aquella época.

De todos modos, fué defendiendo su propio cuerpo, con la obstinación con que defendía la plaza, hasta que "la pérdida del fuerte del Calvario y de los reductos del cabildo y de la Ciudad, le causó tal trastorno ante la idea de no poderse prolongar más la defensa y tener que rendirse, que el día anterior, ó sea el 3, se exacerbó su enfermedad y tuvo un síncope. Restituido de él, quedó en un subdelirio que padeció toda la noche diciendo contiuanamente: *¡no quiero rendirme! ¡no quiero rendirme!* y hallándose su vida en grave peligro» (1), Aquí tenemos una *predisposición latente* que, á favor de una impresión moral, pasa á *predisposición aparente*,--pasa al delirio propiamente di-

(1) E. Grahit. Reseña histórica de los sitios de Gerona en 1808 y 1809. Gerona, Paciano Torres, 1894, t. II, pág. 722.

cho. Oh!, se dirá, todos los febricitantes delirán. No: deliran preferentemente los predispuestos, y deliran tanto que llegan á enloquecer (1): este es el caso de Alvarez de Castro.

Hasta los profanos en el arte médico acertaban cuando, como con el P. Cúndaro, creían “que el delirio no fué efecto del crecimiento de la fiebre intermitente que le incomodaba sino *del acaloramiento* de su *imaginación sumamente viva*, que se hallaba impresionada de tantos desagradables objetos, *capaces de alterar sus funciones*“ (2). En buena patología mental no podemos creer que esta “capacidad de alterarse las funciones de la imaginación“, como dice el bueno del P. Cúndaro, naciera por generación espontánea, de golpe y porrazo: los disgustos fueron aquí, como en casos análogos, *causas ocasionales*; nuestro héroe era (cuando menos) un predispuesto, y la verdadera causa de su infortunio estaba ya insita de antemano en su constitución somato-psíquica, en ser acaso un *ciclotímico*, como se dice ahora, ó en tener una constitución *paranoide*. En el subdelirio, los disgustos fueron *ocasiones*; pero él llevaba en todo su sér la principal causa,—él proporcionó el caldo de cultivo de la infección psíquica, él dió el terreno.

(1) Cfr. entre otros trabajos, por ej., el excelente informe presentado al Congreso de Medicina de la Rochelle, sobre las autoxicaciones en las enfermedades mentales, por Regis y Chevalier-Lavaure (*Gazette hebdomadaire de Médecine et de Chirurgie*, 23 sepbre. 1893).

(2) Cit. por Grahit, II 722-723.

De que Alvarez enloqueció no cabe duda: no lo dicen los profanos que le rodeaban, no lo diagnostica el P. Cúndaro: lo certifican el doctor Viader y don Juan Nieto Samaniego. Las palabras más claras y las declaraciones más explícitas fueron hechas por este último, acerca del caso, en su Memorial: "El Excmo. Sr. D. Mariano Alvarez de Castro, cuya salud ya había mucho que estaba en mal estado, aunque no le había obligado á dejar de la mano la difícil y complicada rienda del gobierno, cayó de la fiebre herrática y obstrucciones de vientre que padecía, en una remitente nerviosa que ya, hacia el día cuatro de este mes, (diciembre de 1809) le puso en peligro. Continuó agravándose en todos sus síntomas, como era consiguiente en su lamentable situación, en términos que el día 8 padeció S. E. un *uu subdelirio* y en la noche llegó la *turbulencia de sus funciones intelectuales á un delirio bien caracterizado*," (1). Por desgracia, desconocemos los caracteres de ese delirio á que hace referencia Nieto Samaniego, pero lo indudable actualmente, para nosotros que podemos examinar las cosas en frio, es que el Gobernador de la inmortal Gerona era un predispuesto (repítámoslo siempre) á delirar. En términos de extremo comedimiento y reserva, alguien que conoció al caudillo de cerca le pinta como incapaz de regularse por los "cautos consejos de

(1) Cit. por Grahit, II, 722.

la sabiduría" y de "atemperar sus facultades con la prudencia"; hombre «de talento mediano y poca instrucción» (1).

§ 2.

Reforcemos aún más este hecho por la relación rápida de los sucesos que motivaron la sustitución de Alvarez por el brigadier D. Julián de Bolívar, teniente de rey.

Alvarez recibe el Viático el día 9. ¿Por qué no antes? ¿Por qué esperaron los médicos al llamamiento de la Junta para decidirse? ¿Por qué aquella cautela y reserva con que responden al canónigo Cufí, y sólo lo hacen después de *«haberse plenamente convencido de que no era la intención de la Junta proceder jurídicamente en este acto»?*

Si se vió el peligro desde el día 4, ¿por qué retardar la Comunión hasta el 9? Si tan mal estaba de salud desde el día 4, ¿por qué vió el día 7 el ataque que dió Bivern al reducto de la ciudad? ¡A cuántas dudas no se prestó ya entonces tan anormal desenvolvimiento de las cosas! Cómo crecían las dificultades con el descontento general contra Alvarez, con el conato de insurrección militar, con las deserciones por hambre!

A través de un siglo, el clínico ha de atenerse todavía á los *rumores* de la época, y no sabe atribuir el Viático administrado á Alva-

(1) D. Miguel de Haro, cit. por Grahit, II, 757.

rez al estado peligroso de su salud, sino, sobre todo, *al estado de trastorno de su razón*. Lo cierto es que, por boca de su delegado ante los médicos, «la Junta y todos los hombres sensatos »temían que, en el acaloramiento de la fiebre »mandase el General, tal vez, alguna cosa contraria á sus intenciones, y aún al bien común.» en nuestra terrible situación: lo que no sería »extraño, pues había delirado la noche anterior.» Este temor era el que embargaba á todos, y por ese temor le viaticaron para sustituirle: el momento lúcido de la ciclotimia había dado todo lo que se le podía pedir: era preciso evitar los estragos de la frenosis maniaco-depresiva? era más bien la paranoia la que se había estereotipado ya?

Para decirlo de una vez, la Junta se constituyó en tutora del General, y le aisló á su manera, en casa de los Sres. de Pastors. «El estado del gobernador, declararon en fin de cuentas los médicos, es incompatible con el mando», Rererváronse el por qué: pero en la conciencia y en la intención de todos estaba poner un hombre de juicio en lugar de un héroe: que, de no ser reemplazado, y pronto, todos los habitantes de Gerona hubieran sido pasados á cuchillo. Inconmovible ante las víctimas del hambre, inhumano para los heridos, como enseguida veremos, la grandeza, de Alvarez está yinculada, ante la Clínica, á una idea fija, negativista al tiempo que megalómana: *sucumbir bajo las ruinas, morir con gloria como Sagunto.*

§ 3.

La idea de saguntinizar á Gerona estaba arraigada en Alvarez con una tenacidad que nosotros no dudamos ni un momento en considerar patológica.

Alvarez no era un general prudente que aguardara el desenvolvimiento natural de las cosas y obrara en consecuencia: ante todo, quiere dificultades y riesgos. Desea para Gerona (así se desprende de la magistral emblanza trazada por D. Miguel de Haro, y sobre todo así se desprende de toda su conducta durante el sitio) «doble tiempo de bloqueo del que sostuvo Zaragoza»; «cuando se cumplió este plazo, quería que durase cuatro veces más su defensa». Finalmente, llegó á desear que los enemigos entrasen en la Ciudad «para matar cuatro ó cinco mil en la calle del Cármen». Los méritos de Palafox le emulaban: quería igualarle, quería superarle en todo. Quiso que se hablara de Gerona como se habla de Sagunto. No afrontaba, buscaba las situaciones difíciles. Provocaba á la fortuna, y rechazaba á los parlamentarios creyendo estar así, cuanta más hambre, cuanta más ruina, más cerca de la gloria. Luego era aquel pasear por las calles de la ciudad, primero sitiada y luego bloqueada, con un gran sombrero de copa ostentando en él el inevitable letrero diagonal, con letras negras sobre fondo rojo: *Por Fernando VII vencer ó morir*. Todo lo cual, si bien es ajeno á la gravedad y conti-

nencia que parece convenir al verdadero heroísmo, en cambio cuadra perfectamente con la teatralidad de que há menester el paranoico, el cual sólo vive para su idea fija.

Nosotros lo vemos dominado por élla durante toda la época del sitio, y, paranosotros, el delirio que se declaró al final—ese *delirio caracterizado* del informe médico de la época—no es sino el último brote (clínicamente, el de menos importancia) de su *monomanía razonante* como la hubiera llamado, de conocerle, Falret. Su “necesidad,” de saguntinizar á Gerona se sobreponía en Alvarez á todo, absolutamente á todo: *a)* á las conveniencias de Gerona mismo y *b)* al respeto debido á la Humanidad:

§ 4.

a) A las conveniencias de Gerona, porque “no se decidió á tomar un partido, cuando á „mediados de Noviembre le avisó Blake la im- „posibilidad de socorrerle. Entonces debió ha- „ber salido con su guarnición abandonando la „plaza que ya era incapáz de defenderse; pero „se obstina en continuar la defensa, acaba con „el vecindario, se muere la tropa, á él mismo „cuesta al cabo la vida su tenacidad, y se pier- „de la plaza. Si hubiera extendido un poco sus „ideas, hubiera visto que 4000 hombres valero- „sos y bien disciplinados, con excelentes oficia- „les, hubieran servido más Principado que una „plaza demolida en un tiempo en que tanta fal- „ta hacían tropas de guerra,” (1).

(1) *Miguel de Haro*. Cit. por Grahit, II 757.

Esta imperdonable falta militar es, sin embargo, muy justificable clínicamente hablando: el gorro con el letrero negro paseado por las calles de la desventurada Gerona, representaba lo *exterior* de un juramento: de ese juramento hablaba á la continua Alvarez; y ese juramento, en realidad, era inviolable, pues *interiormente* representaba nada menos que la conjuración de todas las fuerzas psíquicas en bancarrota para aguantar, para *estereotipar*, como se dice en Psiquiatría, la idea fija de que se hallaba como poseído el héroe.

El último acto de esa «conjuración interna» fué el delirio que acabó de abrir los ojos á la Junta sobre el verdadero estado de Alvarez. Psiquiatra práctico, el pueblo, en realidad, fué quien impuso á los médicos un dictámen que éstos retardaron dar todo lo posible,—ante el temor de que «la Junta (y son „palabras, que hemos citado ya, de uno de los „facultativos) *procediera jurídicamente en este acto.*» Por nuestra parte, llamados para deponer nuestra opinión como peritos, no hubiéramos tenido inconveniente en declarar á Alvarez irresponsable antes de que Gerona fuera ese «cementerio de muertos y ese hospital de enfermos» que, con evidente lapso de pluma y aún de caletre, pintara mucho después, en el siglo XX, y con motivo del Centenario, un canónigo gerundense (1).

(1) «La Regeneración», núm. del Centenario.

§ 5.

b) Por la obediencia ciega á la estereotipia de su delirio, Alvarez faltó también, y muy gravemente, al respeto debido á la Humanidad. Esto hemos dicho antes: se necesita ahora probarlo. Vamos á esforzarnos por hacerlo muy brevemente, pues sólo tratamos de allanar el terreno, de dar las notas para un estudio que algún psicólogo de nuestra España acaso emprenderá, con más preparación, espacio y reposo y, sobre todo, sobreponiéndose al temor de herir fibras demasiado sensibles:

Ante todo, nos encontramos con este hecho: «el general Alvarez, ante su resolución invariable de no querer entrar ni una vez en tratos con el enemigo, no quiso proponer una suspensión de hostilidades para enterrar los muertos y recoger los heridos» (1). De modo que la sangre y la vida de muchos infelices eran compradas á un precio bastante reducido y caprichoso: la tenacidad de un hombre en una resolución que, por el hecho de haberla tomado de antemano, se creyó en el caso de aplicarla en todo momento y para siempre,— en todos los terrenos y para todas las circunstancias.

La frialdad de alma de este héroe, su falta de compasión (que le echa en cara De Haro se-

(1) Grahit, II, 432.

gún ya hemos visto) tenía, sin embargo, sus excepciones: y estas excepciones se llamaban Fernando VII y la Sacrosanta Religión de nuestros mayores. En tercer término, la Patria.

La patria, para Alvarez, era la obstinación en saguntinizar á Gerona. Ante esta obstinación, todo debía ceder: «¡qué se mueran de hambre! (eran sus palabras) ¡ningún plazo para enterrar muertos y recoger heridos! ¡igual es morir en la brecha que morir de necesidad!» Y para aquel delirante larvado, que al fin acabó por ser presa del mayor de los infortunios, la Patria no se servía saliendo á batir al enemigo en campo abierto, como quiso hacer en momentos críticos la guarnición, á ejemplo del brigadier O' Donell: la Patria se servía sepultándose bajo las ruínas de la plaza sitiada, que, ya desde el primer ataque del Poder napoleónico, había nombrado, para contrarrestarle, Generalísimo de mar y tierra... á S. Narciso.

El concepto de patria, en Alvarez, puede considerarse desmontado en tres piezas capitales: la «religión santa que profesais, ultrajada»; «nuestro amado Fernando VII oprimido»; «la plaza que se defenderá hasta el último extremo, y hasta que yo y todos los valientes militares y paisanos que coronan sus murallas nos sepultemos en sus ruínas» (palabras del bando de 30 de Marzo de 1809, cuando Alvarez de Castro era todavía nada más que brigadier y gobernador político y militar *interino* de Gerona). El héroe, «hombre de mediano talento y escasa instrucción», como dice De Haro, amal-

gamó, con voluntad superior á su inteligencia, las tres ideas de que se formaba su patria: él oía dos misas cotidianas; él paseaba su letreiro de: «Por Fernando VII vencer ó morir»; él repetía una y otra vez que todo ser viviente había de quedar aplastado bajo las ruínas de la plaza. Veía, ante todo, en el ejército francés, á los enemigos de Fernando; enseguida, á los ateos de la Revolución; y, en fin, en Saint Cyr (?) veía y odiaba las corteses proposiciones de rendición, á la corta ó la larga. Contra todo eso, sentía alzarse ante él el espectro de Sagunto; pero, por encima de ese espectro, había... la rivalidad de Palafox. Gerona humeante, huraña, rechazando á los parlamentarios, era Alvarez cubierto de gloria. Este sueño de inmortalizarse nunca lo abandonó.

Hacer del brigadier que era un héroe tallado á la antigua, equivalía á servir á Fernando sirviéndose de paso á sí mismo. Toda Gerona envuelta en llamas era el incienso que convenía al héroe en aquellos momentos que habían de servir para que la historia no le olvidara ya. Por la gloria (y el placer, unido á la gloria) de ser un saguntino, bien valía la pena de permanecer insensible ante los dolores de la Humanidad. Y así ni se recogen heridos—como sea preciso para ello pedir una tregua—ni se sienten los ayes que arranca el hambre (“lo mismo es morir de necesidad,—era la máxima del héroe—que morir en la brecha”).

§ 6.

Nosotros diríamos que, en el especial estado en que se encontraba, Alvarez no sólo amaba la gloria, sino que estaba impaciente por llegar á ella. Y todo lo que sabemos de los hombres y de sus acciones (heróicas ó no) nos hace creer que la impaciencia suele ser mala consejera de la conducta.

De las precipitaciones de Alvarez tenemos dolorosos ejemplos: por primera providencia, y para el caso de presentarse el enemigo delante de la Plaza, el héroe decide "imponer pena de la vida ejecutada inmediatamente á cualquiera persona, sea de la clase, grado ó condición que fuere, que tuviese la vileza de preferir la voz de rendición ó capitulación" (palabras del bando de 1.º de abril de 1908). Esta actitud de intransigencia, la mantiene constantemente Alvarez: y puede decirse sin paradoja que, más que fiel á su Rey y fiel á su Patria, Alvarez es fiel á sí mismo.

La base orgánica de esa fidelidad estuvo más ó menos oculta hasta que, al fin, estalla el *delirio caracterizado* de que hablan los doctores Viader y Nieto Samaniego. La mecánica íntima de las perturbaciones extremas de aquella razón, puede comprenderse así: el héroe fué resistiendo al trastorno (que estuvo latente en su cerebro, durante todo el sitio) mientras hubo *paralelismo entre la dirección de su idea fija y las condiciones materiales que hicieron soste*

nerse á la plaza; tan pronto como ese paralelismo quedó roto, por el gran disolvente de todas las relaciones sociales—el hambre,—el espíritu del héroe zozobró. Más que la fiebre, como dice el bueno del P. Cúndaro, lo que contribuyó á la catástrofe fué el *acaloramiento de una imaginación demasiado viva*. La razón del héroe quedó trastornada porque, con frecuencia, la locura es una rotura de sinergías entre lo que ordinariamente y con convicción creemos y lo que la realidad nos obliga á creer. Entre la voluntad del loco y la voluntad de las cosas, una lucha se establece: de todo se duda y en nada se acierta, se vive en otro mundo, no se reconoce nada de éste... El mismo conflicto entre el bando de 1.º de abril de 1809 por una parte, y la guarnición descontenta por otra, se dió también en la psique del Gobernador: el primer conflicto produjo, como se sabe por la historia de aquellos días, la deserción de muchos y la capitulación final; el segundo conflicto arrastró consigo la razón, ya muy lesionada, de un hombre.

Con toda su conducta, Alvarez condenaba á la ciudad á un nuevo sitio, tan cruel, ó más, que el que iban á poner en práctica los franceses. El sitio del gobernador español tenía, sin embargo, un aspecto inhumanitario que sólo puede excusar cuanto sabemos acerca de su especial psique. Alvarez sitiaba á Gerona, prohibiéndole parlamentar con cualquier motivo,—y eso bajo pena de la vida. Pero, rechazando sistemáticamente á los parlamentarios, contra

todas las leyes de la guerra, que un resto de clemencia humana templa á veces en medio de los mayores horrores, Alvarez se inutilizaba para cumplir con los heridos; y el cristiano precepto de dar sepultura á los cadáveres (más interesante de cumplir en aquel caso, en que tanto abundaban y tanto corrumpían el ambiente) era olvidado por el archicristiano autor del bando de 1.º de abril de 1809.

Es curioso ver la actitud en que estaba el héroe respecto á las tropas de Verdier. Las trata como infieles cuyo contacto descristianiza. Para Alvarez, los franceses, eran, ante todo, los ateistas de la Revolución. Alvarez predica la guerra santa en las calles de Gerona, en repetidos bandos que son del peor gusto literario y de las más alarmantes tendencias melodramáticas, como pudiera hacerlo un Tribunal de la fé en los buenos tiempos de Torquemada, que Fernando VII iba á renovar tan pronto como hubiera bastante sangre derramada.

Así es que, no ya no admite proposiciones, pero ni consiente parlamentarios ateos. Nosotros observamos una gradación en la conducta del héroe en este punto: pues al principio responde, de mal talante, y luego no responde, hace responder, pero respeta aún la bandera blanca; en fin, y cuando se acerca la hora de su subdelirio, ni á la bandera blanca respeta.

Cuando, en 2 de julio, se acerca Kirgener, el noble barón de Planta, á pedirle respetuosamente diera ocasión á *emendre les propositions que vous pourriez avoir à faire, dans les cir-*

constances où vous vous trouvez, Alvarez confunde la energía con la rusticidad; sí, es un rústico el que responde á un General de Ingenieros: «esto digo á V. E. en contestación á su papel». O no tenemos ninguna idea de las contestaciones de los héroes, ó en ellas la energía no está reñida con la urbanidad. Alvarez, por este signo, nos revela que, para él, los ateos no merecen consideraciones.

Bizarrerías al simil se hallan á cada momento en este gobernador: á bien que, á medida que se prolonga el sitio y el héroe va acercándose á su *delirio caracterizado*, las simples faltas ó descuidos de lenguaje se transforman insensiblemente en mayores vehemencias. Ultimamente, ya Alvarez ni daba conocimiento á nadie de los pliegos que se le dirigían en demanda de pacificación ni respetaba la persona de los portadores: como aquel pobre farmacéutico de Cassá de la Selva, víctima propiciatoria de la ingenuidad más filantrópica de que hubo ejemplo durante el tercer sitio, quien, «entrado en la plaza (así resultó de la sumaria) para informar á su gobernador de lo que pasaba fuera y persuadirle de la necesidad de rendirse, por constarle de positivo que el general Blake no tomaba ninguna medida ofensiva contra los sitiadores», fué encarcelado y conducido al fuerte de Capuchinos, donde murió.

§ 7.

En esta vía, ya Alvarez pasaba por encima de las leyes de la guerra y, tomando por pre-

texto una equivocación de los franceses,—que fué lealmente reconocida, y á la que se opuso inmediata enmienda—llegó á darse el caso de que ni la bandera blanca respetó. A la menor señal de inquietud por parte de los sitiados, enarbolaba, á modo de *tabú*, el famoso bando de 1.º de abril ó aquel negro letrero en fondo rojo de su sombrero de copa. Por ese letrero se, *invitaba* á vencer ó morir por Fernando VII; por aquel bando, se *obligaba* á morir bajo pena de la vida.—Hay una forma de la crueldad que nosotros llamaríamos *indirecta*, que no se manifiesta por actos sanguinarios inmediatos, sino que se revela por impasibilidad ante los sufrimientos de los hombres: y esa crueldad indirecta era la que sentía Alvarez y la que mejor cuadraba á su megalomanía. Es una resistencia de la voluntad á ahorrar sangre, una atonía de la sensibilidad á dejarse impresionar por los dolores de otro y aún por los propios dolores, un menosprecio de la vida delante del *ideal*. Los grandes idealistas son muchas veces los grandes crueles. Y el crimen mismo está alimentado, con frecuencia, por la predisposición mística. El religioso profesional que dislacera sus carnes, el anarquista de acción que mata para redimir al pueblo de tiranos, el agitador que agrupa á la multitud de los descontentos tras la barricada, son los próximos parientes de ese hosco Gobernador que antepone todo respeto y toda existencia al ideal de Fernando VII. Sensibles en diversos grados, para diversos ideales también, á todo lo demás

parecen ó se hacen sordos y ciegos. La misma familia neuropática los cobija,—la sociedad les hace jugar papeles distintos, y hasta encontrados. Alvarez no siente los rigores del hambre ni los de la brecha ni los de la pestilencia ambiente, y es un héroe favorecido por un temperamento de neurópata: la sublimidad de su resistencia está comprada al precio de una enfermedad. Ésta deja, de todos modos, siempre una puerta abierta á los admiradores vulgares.

§ 8.

En Alvarez, de la crueldad *indirecta* nace el déspota. Concebido el sueño de gloria, el ideal, el héroe no se aviene á que la realidad rebase á veces el molde que ha prefijado una voluntad en delirio. La mayoría de los hombres, al ponerse en relación con las cosas y al proponerse seguir una línea de conducta determinada, forman un plan, pero lo reforman al compás de las necesidades imprevistas que van surgiendo. El delirante, no: su característica es no retroceder nunca y avanzar siempre, aún á costa de formidables tropiezos. Amenazado de un sitio, Alvarez forma enseguida su plan, y lo considera *ipso facto* irreformable. Ese plan es el más extremo, el más radical que pueda formarse en presencia del enemigo: ó victoria ó muerte. El bando de 1.º de abril es, para Alvarez, un *tabú*: ni permite que se le toque, ni él mismo lo tocaría. La muerte antes que infrin-

girlo. Nada de parlamentarios, puesto que el *tabú* no los permite; nada de rendición, puesto que lo prohíbe el *tabú*. Puede decirse que, desde un principio, Alvarez es víctima de su propia obra.

Con estos antecedentes, trasladémonos con la imaginación á aquellos momentos en que Noguer y Lesenne, comandantes respectivos de las torres de San Luis y San Narciso, acosados por los franceses, habiendo perdido 70 hombres entre oficiales y tropa, sin parapetos, sin artillería, abandonaron las torres después de poner una mecha en ellas para que los franceses se apoderaran sólo de sus ruínas. Se habían retirado porque ya no tenían «ni fortificación, ni armas, ni gente». Esto podían decir con la frente alta, sin avergonzarse. Y esto intentaron decirle al Gobernador. Intentaron sólo; porque, en viéndoles llegar, Alvarez se resistió á oírlos. Más sosegado, les participó que los iba á fusilar sin pérdida de momento, “con arreglo al bando”. Así, sin oírlos, sin atender más que al *tabú*, el bando. Tan injusto pago no podría prosperar, y, al fin, Lesenne y Noguer lograron dejarse oír, diciendo “que no solo habían llenado todos sus deberes, sinó que se habían propasado y excedido.” Tan enérgica confesión sólo sirvió para destituirles de comandantes y hacerles servir de simples soldados voluntarios en la torre de San Daniel y en el Castillo de Montjuich .. á bien que, instruido expediente, Alvarez les nombra tenientes coroneles.

De la muerte al ascenso, el Gobernador supo graduar esta vez sus iras, pero ellas quedan para mostrarnos, con la mutabilidad de su carácter, la *inflexibilidad de plan* que es uno de sus estigmas. Bien hacía constar De Haro que Alvarez no "se atemperaba con la prudencia" y no "se sujetaba á los santos consejos de la sabiduría".

§ 9.

Está siempre impaciente, lo quiere todo de prisa y al momento: á O' Donell, el Argos de aquella campaña, le manda salir de la plaza sin mirar si es ocasión oportuna; cuando los defensores de Montjuich declaran su situación insostenible, les ordena... que se sigan sosteniendo. Todas sus órdenes son variantes del *bando*, es un mismo tema el que se repite siempre, una misma idea fija la que prevalece sin compasión. Y recorre la ciudad en momentos que cree decisivos, y lo hace "con la mayor precipitación", como en su visita á S. Cristóbal y á Sta. Lucía, "se para de pronto y, como el que recuerda alguna cosa que tenía olvidada"... pronuncia una arenga. Se dirige á la brecha de Sta. Lucía, se pone á pecho descubierto, según la relación de Medrano, todo ello precipitadamente, como el que va arrastrado por un impulso incontrastable. Ese impulso y esas precipitaciones respondían á una estructura mental que acabó por revelarse plenamente aquella noche de su delirio y que dió motivo á las reso-

luciones extremas de la Junta de que hemos hablado en un principio.

Al pasar el gobierno de la plaza á otras manos, se entró en negociaciones y se declaró que el *tabú* manejado por Alvarez hasta entonces, no era intangible ni mucho menos. Cesaron las hostilidades, y quedó escrita, entre tanto, la epopeya gracias a un paranóico,— gérmen venido á un terreno favorable y preparado. Pero aún Alvarez espera el clínico que le estudie imparcialmente, el sociólogo que le juzgue sobreponiéndose á todo patriotismo, ó siquiera el Cervantes que no faltó á Alonso Quijano el bueno.

II

El Terreno

(Esbozo de psicología colectiva durante el sitio)

§ 10.

Alvarez cayó en Gerona como semilla en terreno abonado. Los gerundenses sublevados contra el poder de Napoleón, se habían batido con Duhesme y lo habían vencido, ó por lo menos rechazado. El pueblo se hallaba en pleno estado patológico: la neurosis revolucionaria, ó, si se quiere, la neurosis religiosa y patriótica, había hecho presa en él.

En este estado la llegada del Gobernador interino, futuro caudillo de la epopeya, no podía menos de influir sobre la multitud, como ésta á su vez no podía menos de influir también sobre Alvarez de Castro. El estudio profundo y documentado de ese mútuo contagio, no sólo sería curioso y fecundo en enseñanzas para los psicólogos, sinó que nos daría á conocer el verdadero proceso de los actos heróicos, cuyo mérito y cuya importancia se viene exagerando con menoscabo de la verdad absoluta. Entonces veríamos que la Historia, tal como nos la sirven, y tal como la desea nuestro orgullo nacional, no es más que una larga enumeración de casos clínicos

de las colectividades, donde, más que aprender á ser buen patriota, se aprende á ser neuropático. Ella nos trasmite el contagio á través de los siglos; ella nos marca insanamente, con ligereza de mujer histérica á veces, hechos terribles y crueles, que pueden destruir el equilibrio cerebral si dan con un predispuesto, convirtiendo un hombre útil á la nación en un delirante peligroso para la Humanidad. Alvarez no hay duda que sabía historia, el pueblo de Gerona también; sabía, cuando menos, la precisa; le habían enseñado, cuando menos, la precisa para que pudiera entenderse con su sepulturero.

Los muertos, sacrificados inútilmente en aras de esa historia patrioterica, claman desde sus ignoradas tumbas. Parece no les bastan, para la paz de sus almas, ni los responsos anuales, ni los elocuentes panegíricos, ni los bloques de piedra artificial, labrados por artistas de munición, y levantados en su honor, al cabo de cien años entre hierbas locustres, sobre venerables murallones. Piden algo más: la revisión de su proceso heroico: la intervención científica y la lealtad de una inteligencia serena. Allá vamos, queridos muertos. Allá vamos con nuestros escasos medios; allá vamos con nuestra prisa de impacientes, antes no se cicatrice el arañazo que los jaleadores de vuestra inmortalidad—hombres egoístas y poco dispuestos á imitaros, seguramente,—nos infirieron recientemente con sus plumas anónimas.

Nuestra convicción es tan profunda que nos

basta, para nuestro *Ensayo*, lo que á través del fárrago de documentos, que el Sr. Grahit coleccionó en 2 tomos, se vislumbra.

§ 11.

Historiemos, siquiera sea de paso, el estado de la *multitud* antes que llegara su *conductor*. Como en todo movimiento popular, nos hallamos primero con un estado latente de sobreexcitación: murmuraciones, cabildeos, malestar sordo que cunde precisamente entre los gremios. Los pacíficos artesanos, esa clase sufrida, más pronto atenta á sus intereses y al bien estar particular que al interés y bien estar de la nación, se agita en la sombra, impulsados por el descontento que se propaga por España entera.

No hay duda que la razón no interviene para nada en esos estados podrómicos de todas las convulsiones populares. El pueblo no puede tener nunca una idea clara del complicado mecanismo á que obedecen los mismos hechos que le perturban. Se inquieta por instinto, en un sentimentalismo cuya clarividencia es dudosa, pero cuyo primer resultado es amassar en un bloc inconciente, que rodará donde le empujen, á los hombres de categoría mental distinta que forman un todo mediocre, ya que no completamente irracional.

•En todas las calamidades públicas, en todas las guerras y revoluciones, hay una dismi-

nución evidente y bien notable de las facultades intelectuales.» (1)

Y, en esa *débâcle* de la inteligencia, hallaréis—porque acuden á ella por una afinidad bien explicable—á todos los náufragos de la razón. Ellos surgen, brillan y deslumbran, porque saben gritar y gesticular, no miden el peligro, ni les arredra la muerte, ni se cuidan de mirar á donde van, ni quién les sigue: bellas figuras para la monumental estatuaria de uso, ídolos *sin cabeza* de manos ensangrentadas, que jamás podrían interesar á los pensadores de nuestro siglo sinó bajo el punto de vista frenopático.

Ya, desde el principio de nuestra espantosa historia de los sitios, aparece un energúmeno que á gritos propala una noticia falsa (2). Al otro día, el descontento, el mal larvado, se exterioriza. Los gremios nombran sus representantes que se encaran ya, sin reserva, con el procurador de la ciudad. Pero las autoridades andan reacias á satisfacer los deseos de revuelta. La muchedumbre crece; de todos los pueblos del corregimiento entran gran número de paisanos, “multitud animada (dice Blanch) que

(1) Drs. Cabanés y L. Nass.—*La Névrose Revolutionnaire*. (París, 1904, Société Française d'imprimerie et de librairie.)

(2) El día 4-Junio de 1808 hubo una ligera alarma precursora de otro suceso trascendental, promovida en la calle de las Ballesterías, por José Vila, vecino de Bañolas, con los gritos que daba anunciando, aunque falsamente, que Figueras se había levantado.—Grahit. Sitios de Gerona I tomo, pág. 35.

recorre las calles y plazas, atronando el aire con su gritería, pidiendo el aniquilamiento de sus enemigos, y tratando de dar comienzo á su obra con un escarmiento ejemplar". (1)

Los revoltosos se imponen á los sensatos—perdón, patriotas, de alguna manera hay que llamarlos,—las autoridades, que pesan y miden las consecuencias de aquel acto audaz, tienen que adherirse, al fin, al movimiento.

Nos hallamos, pues, en pleno período tumultuario. Todos los síntomas de la neurosis colectiva estallan: algaradas, atentatos contra personas indefensas—contra Schwisquth y el primer parlamentario de Duhesme,—entusiasmos desmedidos, manifestaciones exageradas, grupos descontentos que cortan la acción de la Junta de defensa. La degradación propia *de las multitudes cuando salen de su vida anormal*, de que nos hablan los Drs. Cabanés y L. Nass, se manifiesta, si bien que en pequeña proporción, debido sin duda á la poca resistencia que se opone al deseo de la turba. No hay contrariedad,—no hay, por consiguiente, exasperación. Pero el bajo instinto, común á todas las conmociones populares, transpira no obstante. Aparece el insulto soez y acanallado, característico de los odios colectivos; cualquier grosería es buena para aludir al extranjero; se le moteja y se le niega toda cualidad recomendable, incluso el valor; florece á la par una litera-

(1) Historia crítica de la Guerra de la Independencia, por Bófarull. Tom. I, pág. 80.

tura cuajada de tristes ironías, de optimismos infantiles, puras baladronadas,—lo de siempre, ese brabuconear inconciente del cual los españoles que tenemos *memoria* nos sonrojamos más tarde.

Después, ante la amenaza del enemigo que se dispone á reducirles, viene un período de actividad febril. Es la potencialidad asombrosa del acrobatismo; las fuerzas humanas, bajo el espolear de los nervios enfermos, se centuplican, y la ciudad desmantelada se pone en estado de defensa, por un milagro de *entusiasmo* que no aciertan á explicarse los historiadores.

Y llegamos al instante del primer choque. Los gerundenses se lanzan á la pelea con ardor, y al grito de *viva Fernando VII!* cuyo significado ellos desconocen, disparan los primeros tiros, vierten la primera sangre, conquistan los primeros lauros.

En los instantes de más apuro los sacerdotes recorren las murallas con el crucifijo en alto, y, más tarde, cuando Duhesme se aleja, convencido de que el apoderarse de la ciudad es ardua empresa, una explosión de religiosidad exagerada les decide á nombrar á San Narciso Generalísimo de los Ejércitos de mar y tierra, y, en el propio templo, *con gritos penetrantes*, sin respeto á Dios, vitorean al Santo. (1)

(1) No podemos dejar de recomendar á nuestros lectores la lectura del *nombramiento que la Junta extendió á favor de San Narciso*, de donde, para muestra, transcribimos lo siguiente: «Que en las actuales críticas circunstancias en que se halla la Patria, para defender á toda costa nuestra

§ 12.

Renunciamos á compilar más síntomas y á seguir por el orden cronológico la marcha ascendente de aquella famosa sobreexcitación popular. No nos gusta insistir; con lo dicho hay bastante para hacerse cargo del estado de *preparación* en que se hallaba aquella multitud. Toda sugestión, todo contagio era ya posible, mejor diríamos, fatal, inevitable. Alvarez llegó á punto.

Los gerundenses, victoriosos por segunda vez, comprenden que el enemigo ha de volver obstinado y terrible, y se preparan.

El Gobernador interino adivina en ellos á los anhelados colaboradores de su inmortalidad futura; ellos á su vez adivinan en él al *meneur* de que nos habla Gustavo Le Bon. Veamos si,

Santa religión, los derechos de nuestro Soberano el señor D. Fernando séptimo y nuestras vidas, intereses y propiedades, de la tiranía y opresión de Napoleón Bonaparte, Emperador de los franceses, es necesario nombrar un Jefe que dirija las operaciones y tenga bastante poder para contrarrestar las fuerzas del enemigo; y que nadie mejor que el citado Patrón y Martir San Narciso puede desempeñar este augusto encargo..

Y manda que el Domingo próximo tres del actual con todo solemnidad se notifique al mismo San Narciso este Decreto y se le entreguen en señal de ser reconocido por Generalísimo, los magníficos distintivos de faja, bastón y espada, depositándose dentro del sepulcro. De cuyas dichas cosas etc... cit. Grahit. Tomo I, pág. 75.

en la descripción genérica que de los conductores de las multitudes hace el citado autor, reconocemos á nuestro Alvarez de Castro. Dice Le Bon: «Los conductores no son, casi nunca, hombres de pensamiento; pero sí hombres de acción. Son poco clarividentes, y no pueden serlo, porque la clarividencia conduce generalmente á la duda y á la inacción. Los conductores salen sobre todo de los nerviosos, de los excitados, de los semi-alienados que tocan al borde de la locura. Por absurda que pueda ser la idea que ellos defienden, ó el fin que ellos persiguen, todo razonamiento se embota contra su convicción. Los intereses personales, familia, todo lo sacrifican. El mismo instinto de conservación es anulado en ellos, hasta el punto que, á menudo, la sola recompensa que solicitan es convertirse en mártires. La intensidad de su fe da á sus palabras una gran fuerza sugestiva. La multitud siempre se halla dispuesta á escuchar á los hombres de voluntad firme que saben imponerse. Los hombres reunidos en muchedumbre pierden toda voluntad y se vuelven, por instinto, hacia el que la posee (1).»

Los primeros actos del General obraron ya un efecto mágico entre sus subordinados. Aquella, ya descrita, cinta roja con caracteres negros, lejos de sembrar una lógica desconfianza hacia el militar que de tan grotesco modo se

(1) G. Le Bon.—*La psychologie des foules* (París, Alcan, 1910, pàg. 106.)

presenta á sus tropas en la primera revista, les enciende de entusiasmo. Los historiadores constatan que, entre los gerundenses y Alvarez de Castro, se estableció, desde entonces, una *alianza tácita*.

Por qué aquellos hombres, antes vencedores al mando de otros caudillos, se dejan arrear por la puerilidad de unas letras colocadas en el sombrero del nuevo gefe? El General, mientras estuvo mandando la vanguardia del Ejército de Cataluña, qué acción de guerra, qué maniobra ejecutó, ó sencillamente, qué proyecto había anunciado que le acreditara y por lo tanto que pudiera justificar aquella súbita corriente de simpatía? Todo eso, al parecer tan terriblemente contradictorio, está, sin embargo, perfectamente subordinado á la lógica de los ilógicos. La plasticidad de la divisa.—vencer ó morir—la divisa que iba á ser repetida con obstinación vesánica hasta el fin de la hecatombe, obró sobre la imaginación de la multitud inmediatamente, fascinándola. Obsesión de abismo ó cosa así, que el alma colectiva presintió, en el acto, tras el macábrico dilema.

Y no es por ironía si decimos que los hechos que más tarde asombraron al mundo pudieron realizarse gracias á la ocurrencia de aquel hombre singular. Ya hemos insinuado, y lo veremos, cómo la frase trágica flota constantemente como un *leit-motiv*, por encima del tronar de los cañones, por encima de los ayes de los heridos y famélicos, del estertor de

los moribundos y del estruendoso desmoronamiento de los edificios.

El General parece que supo hacerse cargo del *excelente efecto* que había producido y sin embargo, en lugar de tranquilizarse, «para completar la confianza que desde aquel momento inspirara»—es Grahit quien lo dice—publica el célebre bando de 1.º de Abril.

Asistimos ya á un curioso desdoblamiento de la *idea fija*. La potencia mental de Alvarez de Castro queda, desde ahora, estereotipada en dos fómulas claras de un solo pensamiento. Para los leales á todo trance, vencer ó morir; para los tibios ó pusilámines, pena de la vida.

Y no hay que hacer más ni razonar más; con esto basta para conducir á una ciudad al sacrificio colectivo. Cuando llegue la hora nadie dudará en dejarse sepultar entre los escombros; la cuestión está en que el delirante siga lanzando de tiempo en tiempo la mágica frase de su sombrero; siga fijando en las esquinas el bando sencillo y contundente.

Con efecto, en 5 de Mayo el bando de 1.º de Abril reaparece por segunda vez. Nosotros, registrando las crónicas de la época, no hemos podido hallar un solo motivo que justifique esta reaparición. Si lo hubiera, pequeño tenía que ser ya que no asoma en ningún documento de la época. De todas maneras, la insistencia del General demostraría, cuando menos, una irritabilidad bien sospechosa. Lo que sí hallamos siempre es una recrudesencia de patriotismo y de animosidad contra el enemi-

go cada vez que aparece el amenazador impreso del General.

§ 13.

D. José Gómez de Artache, en su obra «Guerra de la Independencia», nos habla de un *entusiasmo increíble que se aumentó y proporcionó por las expresiones de aliento, resolución y valor que el General á cada momento soltaba*. Y enseguida añade: *Todos nos creíamos invencibles y capaces de arrollar los ejércitos más aguerridos*. Este buen cronista, testigo de los sucesos, nos explica á maravilla la sugestión que, tanto sobre él, como sobre los demás, ejerció Alvarez de Castro con su monomanía expresada con isócrona tenacidad á todas horas y en todo lugar.

El mecanismo de este poder maravilloso que el Gobernador de Gerona ejercía, nos lo descifra Le Bon, también en el capítulo tercero, § 2:—*Les moyens d' action des meneurs: l' affirmation, la répétition, la contagion*, de su ya mentada obra la «Psychologie des Foules». Extractemos algo aquí, pues en el decurso de nuestro ensayo vamos á tropezar constantemente con el fenómeno: «La afirmación pura y simple, despojada de todo razonamiento y de toda prueba, es el más seguro medio para hacer penetrar una idea dentro el espíritu de las multitudes». «La afirmación no tiene influencia real sino á condición de ser constantemente repetida, y lo más posible, dentro los mismos

términos... "la cosa repetida acaba por incrustarse dentro esas regiones profundas de la *inconciencia* donde se elaboran las causas de nuestras acciones." "En las multitudes las ideas, los sentimientos, las emociones, las creencias poseen un poder contagioso tan intenso como el de los microbios." "Para entrenar una multitud y determinarla á ejecutar una acción cualquiera, asaltar un palacio, *hacerse matar para defender una plaza fuerte* ó una barricada, hay que obrar sobre ella por sugerencias rápidas y una de las más enérgicas es el ejemplo." Ya podemos seguir adelante.

Enseguida, tras las afirmaciones y repeticiones del General, vinieron la de los periódicos, proclamas, oficios, y cartas particulares. La idea de sostenerse, hasta quedar sepultados en las ruinas de la ciudad fué el ritornello obligado de todos los escritos, fué aceptada con alegría, fué ostentada con orgullo. Los gerundenses llegaron así á no ser hombres de este mundo ni vidas de esta vida. Y, sin embargo, nos hallamos al principio. Ni el hambre, ni la peste, ni la fatiga, han perturbado aun el funcionamiento regular del organismo. La materia puede refrenar, con su instinto conservador, la iniciada perturbación de la psique. Pero allí está el general vigilante en su locura y él mandará lo que convenga. Y frente á las recientes trincheras y á las primeras baterías acabadas de montar por el sitiador, á las narices del formidable ejército de Saint-Cyr, se celebran los días de Fernando VII. Y repican las campanas

y las bandas de los regimientos encima nuestras murallas dan *harmoniosos conciertos*—«Diario de Gerona»—y se viste de gala la guarnición y la ciudad entera se ilumina y la alegría se refleja en los rostros y el General, con su ayudante de campo, se pasea por las calles y los baluartes, no sabemos si con la obsesionante divisa en su sombrero.

Medrano afirma (1) que todo esto fué *ideado* por Alvarez de Castro: “Nuestro General — dice — dispuso que, con tal plausible motivo, los días de Fernando VII, hubiese salva triple de artillería, é invitó á que en los baluartes hubiese merienda de *regocijo y broma*—subrayamos nosotros—después fueron las músicas de los regimientos, acompañadas de muchas señoras del Pueblo y Militares, oficialidad y paisanos, y en los baluartes se cantó y brindó á la salud del Rey, del General y de la Patria, todo lo que se hizo con la mayor alegría y contento, y no poca admiración del enemigo”.

Lo creemos. Después de cien años que amargura dá el pensar en esa alegría insana impuesta por el General, y aceptada por un pueblo amenazado de todas las calamidades, de todos los horrores de un asedio sostenido por el más tenáz é implacable de los ejércitos. Es posible que, en aquella ocasión, nadie tuviera un leve presentimiento de la feróz sonrisa que debió esflorar los labios de los genera-

(1) Grahit, Tom. I pág. 464.

les enemigos ante el hecho estupendo? Si nosotros pudiéramos creer, por un instante, en la cordura de Alvarez de Castro, nos veríamos obligados á lanzarle aquí la más formal acusación de inhumano.

En plena integridad mental no se juega con las víctimas, ni se las lleva á danzar ante los cañones que han de destrozarlas, ni se las agita con músicas de alegría, ni se las anima con banales algazaras: se les habla, si acaso, del deber, se las conduce con seriedad y se marcha con ellos en la actitud reposada del que afronta un peligro con convicción y sabe á donde va y lo que le espera.

En nuestro *Ensayo* el General va á salir mejor librado que en las historias donde se narran aquellos episodios con la impremeditada satisfacción de quien ha descubierto cosas ejemplares y asombrosas.

§ 14.

No tardaron los Gerundenses en sufrir los primeros estragos del sitio. Entonces, sobre todo á raíz de la pérdida de las famosas torres de San Daniel y San Narciso, suceso que exaltó en tan alto grado al General, parece como si hubieran tenido un momento de lucidez. Especialmente á la Junta militar no debía ocultársele el mal estado de las fortificaciones y hasta podemos deducir que entre ellos era cosa tenida por probable la pérdida inmediata del Castillo de Monjuich, cuando, reunidos en sesión, *deli-*

beraron largo rato, tomando diferentes acuerdos para la defensa de dicho castillo (1) rendido el cual convienen que la situación de la plaza sería desesperada. Pero Alvarez presidente aquella sesión, Alvarez habla y la sesión termina con una escena teatral: los sensatos militares que antes pesan y miden, analizan y discuten serenos y comedidos, tal vez dispuestos á aconsejar una resolución humana, tal vez convencidos en su fuero interno de la inutilidad del sacrificio de los gerundenses, se ponen en pié, desnudan sus espadas y cruzándolas con la del General juran sostener el castillo á todo trance. (2)

Qué argumentos, que palabras pudo emplear Alvarez en esta ocasión para obtener un resultado semejante? Oigamos á Medrano: (3) "Convenció á todo el mundo que no había más recurso que el de defenderse á todo trance (como continuamente decía el General), esto es, vencer ó morir".

Y bien; la espontánea é ingenua declaración de este testigo de *cargo* no puede ser más contundente.

El procedimiento del General para salir airoso en los casos de apremio sigue siendo el mismo que al principio: la trilogía Leboniana: Afirmación, repetición, contagio. Su idea fija. Y ya veremos cómo no variará porque *no puede variar, no está en su mano variar.*

(1) Grahit, pág. 599, t. I.

(2) Grahit, pág. 599, t. I.

(3) Grahit, pág. 599, t. I.

§ 15.

A la insana sugestión del caudillo, no podrán escapar de ninguna manera las mujeres. Ellas, más predispuestas al contagio que los hombres, necesitan sin embargo, dada su misma condición, un desarrollo más intenso de la psicosis popular para decidirse á romper todas las trabas morales y materiales que las retienen en los hogares. La aparición de *heroínas* siempre será un buen síntoma, mejor que ninguno, para diagnosticar desde luego que una revolución, una guerra ó un simple desorden popular han llegado á su período álgido. Desde las lacedemonias y matronas romanas, para las cuales la muerte de un hijo sobre el campo de batalla constituía un motivo de orgullo y vanagloria, hasta las incendiarias de nuestros días, la ley viene cumpliéndose invariablemente.

Durante la Revolución Francesa, en la Revolución Anglicana, cuando la Comuna, siempre que un sentimiento político, religioso ó patriótico llegó á la exasperación, surgieron, inevitablemente, en medio de las multitudes, de la sangre, de las llamas y de los escombros las grandes visionarias ó las grandes vengadoras.

La aparición de la Compañía de Sta. Bárbara en Gerona no tiene nada de excepcional si se exceptua aquella militar organización que supo imprimirle el originalísimo Alvarez de Castro. Y sea que esa misma disciplina mujeril

oprimiera á las exaltadas como una camisa de fuerza, sea que la *predisposición* no existiera en ellas, lo cierto es que ninguna alcanzó el excepcional relieve de las grandes históricas Elisabel Barthon, Juana de Arco, Carlota Corday y Theroigine de Méricourt y tantas otras cuyos hechos han estudiado atentamente los psicólogos.

Para nosotros, bajo nuestro especial punto de vista, el fenómeno que tratamos no tiene más que una importancia relativa: ni nos admira ni nos entusiasma, solamente nos avisa que llegamos al punto culminante de la psicosis colectiva.

Los hechos asombrosos van á sucederse sin interrupción hasta el fin. La decisión de los gerundenses de *resistirse á todo trance* aumenta en razón inversa á los medios de resistir. Ni una idea lógica, ni un solo pensamiento razonable vienen á turbar la extraña alegría de aquellos predestinados

El *Diario de Gerona*, reflejo de la opinión, después del fracasado asalto de Montjuich por los franceses, sigue publicando sueltos llenos de guasitas patrióticas del peor gusto en aquellas trágicas circunstancias; anuncia próximos y vergonzosos desengaños para los generales Saint-Cyr, y Chavot etc... y habla despectivamente de las batallas de Austerlitz, Jena y Marengo (1) las cuales, según el articu-

(1) Véase Grahit. Tomo II, pág.24.

lista, fueron ganadas gracias á la intriga y la sorpresa. Entre tanto Alvarez, y la Junta ofician profusamente al general Blake, al marqués de Coupigni, á la Junta superior de Cataluña pidiendo socorro; pero afirmando, imperturbables, que sabrán morir sepultados en las ruinas de la ciudad. La convicción de que sin un pronto auxilio la plaza ha de sucumbir es firme, pero la resolución, sugerida por el general, de defenderse hasta el último instante, es más firme todavía.

El pueblo, por su parte, coadyuva á la idea delirante. Se registran actos temerarios de una jactancia loca. Un soldado del regimiento de Borbón arroja su pan á un soldado francés para demostrarle que no le arredra el hambre; una mujer se bate á culatazos con los asaltantes; el tambor Ansió, con su muslo roto, desangrándose, no quiere retirarse del lugar del combate, en la creencia que, con sus redobles, podrá ser útil aun á sus compañeros; no se temen ya ni las balas enemigas y la gente expone la vida sin provecho y sin honor. El mismo *Diario de Gerona*, tan amigo siempre de ponderar los actos de arrojo, se duele de ello en los siguientes términos: «Por no temerlas como se debe—habla de balas y granadas—se malogran algunas vidas, que más valdría perderlas con utilidad para la Patria.» (1)

(1) Grahit Tom. II pág. 101.

§ 16.

Llagamos, al fin, á la última etapa, á la parte de aquel episodio heroico que Grahit bautiza cuerdamente con el epígrafe de *Agonía de Gerona*.

Alvarez, exasperado en su delirio, extrema los medios de sugestión. Cerrado á la piedad, á las razones, á la evidencia, sacrifica las vidas de sus subordinados insensatamente. A las consideraciones de los pocos militares de talento que logran permanecer serenos ante el peligro y resistir *á la infección*, responde con su muletilla acostumbrada: *que cada cual cumpla con su deber y que se resista hasta el último trance*.

Así, después de sobrehumanos esfuerzos, terminó la defensa del célebre rebelín: «Tuvo el fin que *habían previsto* los dos gobernadores del castillo, con *sólidos argumentos*, de los que *no quiso* hacer ningún caso el *inflexible* General Alvarez.» (1)

Hay que hacer constar ahora que los infelices defensores del rebelín, gracias á aquella *inflexibilidad*, fueron echados al foso por las bayonetas francesas y ametrallados por sus mismos hermanos del castillo, pues, en la oscuridad—las 9 de la noche del 4 de Agosto—se disparaba á bulto. Igual ó parecida suerte hubieran corrido los defensores de Monjuich si,

(1) Grait Tom. II pág. 145.

apesar de los mandatos del General primero, y de sus ofrecimientos de premios y recompensas después, (1) no hubieran abandonado aquellas ruinas inútiles y peligrosas para ellos.

La situación de la plaza, desde aquel momento, se hizo desesperada. Con los calores se desarrollaron las *fiebres estivales*, dice el P. Ferrer: los heridos, buscando sitio seguro donde abrigarse de la continua lluvia de balas y granadas, se amontonan en lugares insanos donde la gangrena y otras infecciones hacen estragos; escasean la carne y el vino y quedan perforadas cuatro brechas en los muros de la ciudad. Alvarez sabe que está abandonado á sus propias fuerzas, pero alienta á los gerundenses con promesas de socorro en que él no cree. Las dos tentativas de Blake han fracasado. En la primera, García Conde introduce una cantidad exígua de provisiones; en la segunda, O-Donell hace lo propio rompiendo la línea de enemigos que le rodean. Por cierto que el arrojado del buen irlandés no complace al general. Los mil y pico de hombres que trae aquél y que tendrán que alimentarse con las escasas raciones que quedan en la plaza, contraría de tal manera la idea fija de Alvarez de Castro que le manda salir inmediatamente, sin darle tiempo á que se reponga y cuando aun los enemigos le aguardan, prevenidos y chasqueados, al otro lado de las murallas.

Esto equivalía á decretar la muerte del

(1) Blanc, cita de Bofarull. Historia crítica de la Guerra de la Independencia. Tom. I pág. 442.

bizarro O-Donell y de su gente como antes había decretado el exterminio de los defensores del rebelión, y como lo decretará cuantas veces convenga á su insania y para cuantos traten de oponérsele, (1). Es su estrategia; la única posible; la única capaz de seguir obsesionando á la multitud extenuada, aquella multitud que, en el asalto general de la ciudad, rechazó a «los bravos soldados de la Francia que tuvieron que ceder *al noble delirio del patriotismo español*, expresado por *impenetrables* masas de *mujeres, sacerdotes y niños* entre los soldados.» (2)

Claro está que, antes y después de este asalto, como emulación y como premio, el general siguió mostrando su inevitable divisa diagonalmente arrollada á su sombrero.

§ 17.

El ánimo de los gerundenses, tan bien fortalecido por la repetición y la afirmación, no decayó ni un solo instante. Las casas son ya inhabitables; en los porches los vecinos se amontonan; es una confusión horrible de cadáveres, de enfermos, de niños aterrorizados y de mujeres locas; sobre la masa informe llueven las balas

(1) Cuenta Toreno—cita Bofarull en su Historia crítica Tomo VI pág. 456—que un oficial «encargado de una pequeña salida le preguntaba á Alvarez que á donde en caso de retirarse se acogería: respondióle severamente: al cementerio.»

(2) Thiers; nota de Bofarull obra citada Tom. I pág. 484.

enemigas; falta el trigo, faltan medicamentos, falta todo; la vida de reproducción—según el memorial histórico del consultor de cirugía D. Andrés Nieto Samaniégo (1)—se ha suspendido hasta en los vegetales; las bestias andan flacas y macilentas, los cuerpos insepultos se pudren bajo los escombros; las calles son arroyos de inmundicia que arrojan las cloacas rotas; en los hospitales los delirantes vociferan noche y día; los más sanos andan con paso vacilante, tienen el rostro abotagado y cadavérico, y sin embargo la resistencia se prolonga. La esperanza de un auxilio próximo, imaginario, que nadie sabe á punto fijo si ha de llegar del cielo ó de la tierra, ilusiona aun á la Junta que lo notifica al pueblo.

Desde este momento todos los sucesos revisten una temeridad grandiosa. El general, con su fiebre que le consume, se hiergue en un último esfuerzo de taumaturgo. Conjura á los gerundenses convertidos en fantasmas, quienes, dóciles á la fuerza nerviosa de Alvarez de Castro, derraman su sangre con una generosidad y una decisión espantosa.

García Conde ha logrado salir de la Ciudad; O' Donell ha hecho lo propio y ante esos ejemplos de cordura que ahorran vidas y tormentos, nadie piensa en sacudir la dominadora y terrible sugestión de defenderse hasta el último trance.

La idea de un sacrificio sin segundo, de

(1) Grahit Tom. II pág. 672.

una resistencia jamás superada, les ofusca. El mundo entero les contempla con asombro, hay que *reforzar* la historia patria con un ejemplo sin par. Conservar la vida sería una vergüenza, seguir luchando fuera de aquel recinto, de aquellas murallas ya inservibles sería un baldón. Nadie se percata de la utilidad que podrían reportar, á la causa nacional, aquella sangre de héroes que se vierte por defender una ciudad ya indefendible. Ellos resisten por resistir, en una extraña emulación retrospectiva que el General supo poner á servicio de su idea fija. Él galvaniza aun á todos aquellos cuerpos exhaustos que agonizan. Son autómatas, capaces de ejecutar lo que con un gesto hipnotizante les mande su caudillo agónico también. Aun se ofrecen voluntarios para cualquier arriesgada empresa.

Hay que aprovisionar los fuertes exteriores que ha podido aislar el enemigo y al llamamiento acuden 200 hombres de buena voluntad. Son *esqueletos*—según afirma el P. Cúndaro (1)—bien está, á pesar de eso aquellos esqueletos harán más de lo que se les ordene y, con un entusiasmo de ultratumba, podríamos decir, después de cumplida su misión, atacan un reducto del enemigo, entre *las aclamaciones de los gerundenses que contemplan aquella arriesgada empresa desde las murallas.* (2)

Nadie podrá alegar un solo motivo de uti-

(1) Grahit.—Tom. II, pág. 706.

(2) Grahit.—Tom. II, pág. 706.

lidad razonable que justifique aquel exceso de celo, aquella intentona, ni el entusiasmo de los que la contemplan. Solo como última hazaña de unos seres delirantes llenos de una furiosa acometividad sugerida es admisible y disculpable, puesto que ni tan solo se trata de vender cara la existencia en un lance supremo.

Estamos ya en un punto donde lo sobrehumano podría surgir, donde las fuerzas nerviosas sacadas de quicio pueden llegar á un límite que solo el sonambulismo trascendental nos explicaría..

§ 18.

Antes de terminar, y siguiendo la revisión de documentos que para nuestro ensayo nos vemos precisados á efectuar, nos hallamos con uno que nos descubre una faceta de la psicosis colectiva cuya especial enormidad nos desorienta. Es un extraño comunicado, ó cosa así, que un poeta de ocasión dirige al editor del «Diario de Gerona» para que inserte una fábula, tras un preámbulo humorístico medio en verso medio en prosa. La necia alegría que campea en todo aquel escrito, la cruel indiferencia que quiere revelar su autor á todos los atroces sufrimientos de sus paisanos, á todos los peligros que le rodean y á la próxima catástrofe que se avecina, nos producen el mayor espeluzno que hasta ahora nos llegó á producir la insania de los hombres.

Desde un principio ya hemos observado una

verdadera predisposición á la jocosidad enfermiza. Parece como si con ello se tratara de agradar al General, quien empezó por imponerla cuando los días de Fernando VII. Pero lo curioso es que esos esparcimientos literarios, que, por otra parte, revelan un lamentable estado intelectual, á medida que la situación empeora, cuando más pestífero es el ambiente, cuando más gente muere en los hospitales y en medio de la calle, cuando desaparece toda esperanza de liberación y hasta de sobrevivir, devienen más risueñamente jactanciosos en un crescendo horrible de insustancialidad y tontería.

Comparable á esto sólo hallamos la risa inconsciente del pobre idiota, para quien las situaciones trágicas son un estimulante á su hilaridad patológica.

Si el escrito á que nos referimos no fuera tan extenso, lo transcribiríamos aquí. Nuestros lectores pueden leerlo si gustan en el extracto del Diario de Gerona, *poesía y literatura* (!!) del tomo II pág. 712 del libro de Grahit, tantas veces citado. Hay que verlo y meditarlo después de haber leído y meditado el *Memorial Histórico* del consultor de Cirugía D. Andrés Nieto Samaniego, pág. 679 del mismo tomo.

Si en plena integridad cerebral pudieran escribirse tamañas cosas habría que renegar definitivamente de la razón humana.

§ 19.

Sólo cuando el General Alvarez, postrado por la fiebre, no pudo actuar directamente como sugestionador empezó á manifestarse cierta cordura entre sus subordinados.

D. Julián de Bolívar, después de tomar el mando de la plaza, reunió la Junta militar inmediatamente. Las razones que allí expusieron los facultativos y los comandantes de los diferentes cuerpos que componían la guarnición, no podían ser más desconsoladoras; pero, sin duda, era aun demasiado pronto para sacudir el ensueño trágico sugerido por el gobernador enfermo. Un leve asomo de esperanza tímidamente balbuceado por los de la Junta gubernativa decide la suerte. Hay que esperar el auxilio de toda Cataluña levantada en armas para socorrerlos. Nueva fase del delirio de resistencia que venía manifestándose, enviando propios —que nadie sabía ni tan solo si habían podido atravesar las líneas enemigas— y esperando señas de la proximidad de un ejército fantástico el cual no comparecía jamás.

Pero se inició el desorden. Las tropas quieren abrirse paso y escapar; se hallan desamparados por su General, les faltaba la *fe*, aquella *fe ardiente*, estoica, que el caudillo sabe infundirles; no le ven, no le oyen, no los puede conducir al sacrificio.

“Uno de los jefes de la guarnición, muy reputado por su valor y talento, afirma que está

bien enterado del modo de pensar de la guarnición y de la anarquía que progresivamente se había engendrado y desarrollado en ella y pide que se tomen las medidas más prudentes y enérgicas para evitar una catástrofe». (1)

No se llegó por eso á la rendición sinó á costa de grandes discusiones desordenadas y tumultuosas; *todo el mundo hablaba y nadie se entendía.* (2) Aquellos gerundenses, abandonados en plena perturbación mental por su terrible conductor, no saben que hacer para alcanzar el martirologio prometido. Los más pacíficos son ahora los más irreductibles. Los prohombres de los gremios, los vocales de la Junta gubernativa fieles á la sujestión, se desesperan y buscan subterfugios. Hay quien propone esperar, cuando menos, una nueva invitación de los franceses para capitular, sin acordarse de la manera inconsiderada que recibieron siempre á los parlamentarios enemigos; hay quien desea concertar un armisticio para reorganizarse y aprovisionar los fuertes aislados que no pueden sostenerse. Puerilmente sagaces, en una ignorancia absoluta de las leyes de la guerra, pretenden engañar al enemigo. La cuestión estriba en no faltar á la sagrada promesa de vencer ó morir y llegar sin mancilla á la gloria inmarcesible que les escapa en el instante preciso, cuando parece que van á saborearla ávidamente, en el enfermizo

(1) Grahit.—Tom. II, pág. 739.

(2) Grahit.—Tom. II, pág. 742.

ardor de su locura. Nadie se percata que en las brechas los soldados caen de inanición y los escombros allanan el paso de las tropas enemigas que esperan tranquilamente, *á medio tiro de pistola*, aquella presa que ya no se les puede escapar. La voz de los militares de más graduación que, vueltos en sí, preveen un degüello general, apenas es escuchada. Por fin se entablan las primeras negociaciones. Los más rematados desaprobando lo hecho por la Junta militar, murmuraban, amenazaban, apenas si la dicha Junta tuvo *un momento de sosiego para extender los artículos de la capitulación en debida regla* (1) mientras que muchos soldados enemigos vinieron sin armas hasta el pie de la muralla y baluarte de San Francisco de Paula y algunos trageron pan, vino y queso, para ofrecer á los nuestros, que lo recibieron descolgando cuerdas desde las murallas, y otros, de los que se habían pasado al enemigo, se acercaron no sin rubor á saludar á sus consocios. (2)

Así resolvióse aquel notable caso de psicosis colectiva.

Una hora más—término que para la capitulación concedió Augereau, nuevo General en jefe del ejército francés—y la ciudad pasada á sangre y á fuego hubiera dado un ejemplo de temeridad heroica inexplicable, incomprensible por lo inútil y cruel, pero que la Historia habría

(3) Grahit.—Tom. II, pág. 744.

(4) Nieto Samanlego. Cita Grahit. Tom. II, pág. 743.

acogido con avidez como un hecho perfectamente razonable y glorioso.

Gerona fué despoblada. 4.000 habitantes quedaron allí entre sus ruínas. Un poco más de resistencia física en Alvarez de Castro y ni esas cuatro mil vidas se salvan y ni esas ruinas quedan en pie.

Y, sin embargo, para ser útil á la patria y conquistarse el título de inmortal por tercera vez, Gerona tenía bastante con resistir cuatro meses de asedio y confiar su defensa al cuerdo O' Donell, para quien es toda nuestra admiración.

III

INDUCCIONES

§ 20.

Terminado nuestro modesto estudio sobre la patología de un episodio heroico, alguien, tal vez en santa indignación, podría objetarnos que, según nuestra manera de ver las cosas, el heroísmo es solo una enfermedad mental.

No tenemos ningún inconveniente en afirmarlo: eso no le quita un ápice de su grandeza. En las *notas previas* lo dijimos. Solamente quisiéramos hacer aquí una distinción entre el heroísmo pasivo, dulce y melancólico, y el heroísmo agitado y furioso. El primero es un producto de la voluntad encaminada al logro de un ideal científico, artístico ó sociológico, quizá de una locura; el segundo es la locura misma; la voluntad en él es un factor inútil.

Los héroes sádicos aparecen por casualidad, según las circunstancias y el ambiente. El cobarde de hoy puede ser el temerario de mañana. Un poco más de sangre en la cabeza, una ceguedad momentánea, la rabia del bruto invadiendo los dominios de la razón y allí irá un hombre sin freno, capaz de asombrar al mundo. Si el ejemplo cunde puede decidir la suerte de una batalla.

En todas las guerras surgen valientes imprevistos; á veces son los más pacíficos y teme-

rosos: verdaderos casos de epilepsia. Si les preguntáseis por que les citan sus jefes con elogio ellos no lo saben ni tan siquiera recuerdan lo que han hecho. Las mismas razones aducidas para los individuos, nos sirven á maravilla para explicar el heroismo de las multitudes. Las masas se sugestionan y se exaltan fácilmente. La causa más nimia produce en ellas efectos formidables. Por lo mismo en las ordenanzas de guerra se prohíbe á los ginetes que traen los partes desde las avanzadas llevar otra marcha que el paso ó el trote mesurado: trátase de evitar el efecto de contagio que podría producir una marcha acelerada de grupas al enemigo.

En Waterloo, un pánico irracional apoderose del ejército de Napoleón. Aquellos veteranos que habían sostenido con serenidad los más terribles contratiempos, huyeron de un modo tumultuoso como un ejército de reclutas. Las palabras valor y cobardía no pueden tener un significado concreto.

La gloria del guerrero depende del azar: un hombre que huye puede desbaratar un batallón; un hombre enloquecido que avanza puede adueñarse de la suerte. Así, pues, no nos envanezcamos demasiado con los hechos fabulosos de nuestros antepasados. Y sobre todo, no vinculemos en una raza, ni en una región, ni menos en una localidad, lo que es patrimonio de todos los hombres.

En buena química social los elementos componentes lo son todo; los fenómenos se verifican independientemente del lugar.

En la España de 1809, en cualquier ciudad murada que cayera Alvarez de Castro con su fanatismo político y religioso y su predisposición patológica, la habria inmortalizado. Son esos hombres los que hacen inexpugnable cualquier ruina, los que transforman los corderos en leones, los que hacen de la matanza su más preciado título de gloria.

¿Que una cuerda previsión de futuras contingencias nos obliga á respetar á esos caudillos excepcionales y ponerlos como ejemplo á la juventud predispuesta al ecepticismo moderno y al internacionalismo filosófico? Nada hay que replicar. Mas, por Dios vivo! acordaos también de los héroes de la paz; de los solitarios que luchan por su cuenta, sitiados por hambre, rodeados de la indiferencia y egoísmo de los ricos, acosados por la estupidez y la ignorancia. Pensemos también en ellos, si os place! Están entre nosotros, podemos buscarles, hacerles homenaje de nuestro respeto, acuñar medallas en su honor ofreciéndolas á sus admiradores; démosles el consuelo de saber que los tienen y la dicha de poder conocerlos y contarlos.

Gerona, 25 junio-15 julio 1910.

FIN.

INDICE

	<u>Página</u>
Notas previas.	5
El germen. (Perfil clínico de Alvarez de Castro)	10
El Terreno. (Esbozo de psicología colectiva durante el sitio).	30
Inducciones.	59

Precio: 1 Pta.

B
1
B



BFI EG
20